

me parece.» Yo pienso que Simónides, de quien se dice que no fué sólo poeta elegante, sino varón en todas cosas docto y sabio, dudando entre tantas cosas agudas y sutiles que le venían á las mientes cuál fuese la más verdadera, desesperó absolutamente de conseguir la verdad.

»Pero tu maestro Epicuro (pues con él quiero disputar más que contigo) ¿qué cosa dice que parezca digna, no ya de la filosofía, sino de una mediana prudencia? Lo primero que se pregunta en esta cuestión de la naturaleza de los Dioses, es si los Dioses existen ó no. Creo difícil negarlo, si se pregunta en el foro, pero muy fácil en este coloquio familiar nuestro. Yo mismo, que soy pontífice y creo que deben conservarse con la mayor reverencia las ceremonias y religiones públicas, quisiera persuadirme de la existencia de los Dioses, no sólo por opinión, sino con razones de las más próximas á la verdad. Pues á veces se me ocurren otras que me confunden, y á ratos me hacen sospechar que no hay Dioses. Pero mira si soy liberal contigo: te concedo todo lo que tenéis de común con los demás filósofos, y casi todo me parece bien, y sobre todo que haya Dioses. Esto no lo disputo. Pero las razones que tú alegas no me parecen de bastante fuerza.

»Te parecía suficiente argumento para que confesásemos la existencia de los Dioses el haber sido admitidos por todas las gentes y naciones. Pero este argumento no sólo es ligero, sino además falso. ¿Cómo conoces tú las opiniones de las naciones? Yo creo que hay muchos pueblos tan fieros y salvajes, que entre ellos no se encuentra la menor noticia de Dioses. Y además, Diágoras, llamado el ateo, y después Teodoro, ¿no negaron abiertamente la existencia de los Dioses? Y Protágoras de Abdera, á quien

poco ha aludías, sofista el mayor de su tiempo, habiendo escrito al principio de su libro: «De los Dioses no puedo decir si existen ó no,» fué por decreto de los Atenienses desterrado de la ciudad y de su término, y quemados sus libros en el foro. Por donde he llegado á pensar que á muchos les ha retraído de profesar esta opinión el temor de la pena, de la cual ni siquiera la duda podía librarse. ¿Y qué diré de los sacrílegos, de los perjuros, de los impíos? Si Lucio Tubulón, si Lupo ó Carbón, ó el hijo de Neptuno, como dice Lucilio, hubiesen creído en la existencia de los Dioses, ¿hubieran sido tan falsarios ó tan impuros? No es esta razón de tanta fuerza como vosotros imagináis. Pero como este argumento es común á otros filósofos, le omitiré ahora, para llegar á los vuestros propios y exclusivos.

»Concedo que hay Dioses; pero enséñame cuál es su origen, dónde están, cuál es su cuerpo, ánimo y vida. Esto es lo que deseo saber. Abusáis para todo del reino y licencia de los átomos: con ellos fabricáis y componéis cuanto existe sobre la tierra; pero, en primer lugar, los átomos nada son, porque nada hay que carezca de cuerpo, y los cuerpos llenan todo lugar: no hay, pues, espacio vacío ni cuerpo individual.

»Estas son las opiniones de los físicos, no sé si verdaderas ó falsas, pero de fijo más verosímiles que las vuestras. Profesáis la misma aberración que Demócrito, y antes de él Leucipo, afirmando que existen ciertos corpúsculos, unos blandos al tacto, otros ásperos, unos redondos, otros angulosos, otros encorvados y aduncos; y que de estos corpúsculos fué fabricado el cielo y la tierra, no por fuerza natural, sino por cierto concurso fortuito. Esta opinión has defendido tú, Cayo Velejo, con tal pertinacia, que primero te apartaría cualquiera de tu modo de vida que hacerte

abandonar esta opinión. Como te has empeñado en ser epicúreo antes de haber conocido estas aberraciones, te ha sido preciso aceptarlas y defenderlas, ó perder el nombre de la filosofía que dices seguir.

»¿Y qué ganas con no dejar de ser epicúreo? Nada, me dirás, pero si lo dejara, abandonaría la defensa de la verdad y una norma de vida feliz. ¿Y á eso llamas verdad? Vida feliz, no lo niego, aunque tú ni en los Dioses la admites, si no languidecen en torpe ociosidad. ¿Pero dónde está la verdad? Según creo, en esos mundos innumerables, que nacen y mueren en cada instante del tiempo, ó en los corpúsculos individuales, que hacen tan excelentes obras sin que ninguna razón los dirija. Pero olvidado de la liberalidad que prometí observar contigo, voy negándote demasiadas cosas. Concedamos, pues, que todo consta de átomos. ¿Qué importa esto? Lo que buscamos es la naturaleza de los Dioses.

»En hora buena que consten de átomos; no serán, pues, eternos. Lo que consta de átomos es preciso que alguna vez haya nacido. Si ha nacido, los Dioses no existían antes de nacer. Y si los Dioses han tenido nacimiento, necesario es que tengan también destrucción, como tú decías antes disputando sobre el mundo de Platón. ¿Qué quieren decir, pues, las dos palabras *beato* y *eterno* que aplicáis á Dios? Cuando queréis explicarlas, os enredáis en espesos zarzales. Así decías tú que en Dios no hay cuerpo, sino algo semejante á cuerpo, y no hay sangre, sino algo que parece sangre. Cuando decís algo muy inverosímil y queréis esquivar la censura, soléis inventar una razón tan imposible, que os valiera más conceder aquello de que se disputaba, que resistir con tal impudencia. Así Epicuro, conociendo que la libertad humana desaparecía si los átomos descendían al centro por su pro-

pio peso con movimiento cierto y necesario, inventó un modo de esquivar la fatalidad, que no se le había ocurrido á Demócrito. Dijo que el átomo por su peso y gravedad tendía directamente hacia abajo, pero que declinaba un poco. Decir esto es más torpe que no acertar á defender lo que él quiere. Lo mismo hace contra los dialécticos: enseñaron éstos que en todas las disyunciones en que intervenían las partículas *aut etiam, aut non*, uno de los dos términos ha de ser el verdadero. Temió Epicuro que si concedía esta proposición «ó vivirá mañana ó no vivirá Epicuro,» una de las dos cosas había de ser necesaria, y tomó el partido de negar la necesidad de la disyuntiva. ¿Qué cosa puede decirse más necia que ésta? Combatía Argesilao á Zenón, sosteniendo el primero que era falso todo conocimiento adquirido por los sentidos. Defendía Zenón que algunos conocimientos eran falsos, pero no todos. Temió Epicuro que si una sola percepción de los sentidos se declaraba falsa, todas lo serían igualmente, y entonces declaró que siempre los sentidos eran nuncios de verdad. Ninguna de estas cosas puede tomarse en serio. Recibía una herida mayor, por librarse de otra menor. Lo mismo hace en la cuestión de la naturaleza de los Dioses. Por huir de la concreción de los cuerpos individuales, de donde forzosamente había de seguirse la disipación y la destrucción, niega que los Dioses tengan cuerpo, sino algo semejante á cuerpo; ni sangre, sino algo parecido á sangre. Me parece imposible que un arúspice, viendo á otro arúspice, no se ría. Y todavía me parece más admirable que entre vosotros podáis contener la risa. Decís que Dios no es cuerpo, sino algo semejante á cuerpo. Yo entendería esto si se tratase de figuras de cera ó de barro; pero en Dios no sé lo que es algo parecido á cuerpo, ni algo parecido á sangre. Ni tampoco lo

entiendes tú, Veleyo, sino que no lo quieres confesar. Vosotros tenéis por dogmas las cosas que Epicuro, bostezando y como alucinado, pronunció; y eso que era hombre que se jactaba, como en sus escritos vemos, de no haber tenido maestro ninguno. Lo cual, aunque él no lo afirmase, yo fácilmente lo creería, así como daría fácil crédito al dueño de un mal edificio que se preciase de no haber tenido arquitecto. Ningún sabor tiene de la Academia, ni del Liceo, ni siquiera de los estudios pueriles. Pudo oír á Xenócrates (¡grande hombre, oh Dioses inmortales!), y hay quienes juzgan que lo oyó: él lo niega, y yo me inclino á creer que no fué discípulo de nadie. Dice que oyó en Samos á un tal Pánfilo, discípulo de Platón. Y lo cierto es que él habitó allí de joven con su padre y sus hermanos, porque su padre, Leocles, había venido de agricultor á aquel país; pero viendo que el campo no le alimentaba bastante, hubo de hacerse maestro de escuela. A este platónico le despreciaba extraordinariamente Epicuro; tanto temió que en algún tiempo se dijese que había tenido maestros. En el *Naxifanes* democriteo podréis leerlo. Allí no niega que le oyó, pero le carga con todo género de afrentas. Y si no había oído las opiniones de Demócrito, ¿qué es lo que había oído? ¿Qué cosa hay en la física de Epicuro que no sea de Demócrito? Pues aunque varió algunas cosas, v. gr., lo que antes decíamos de la inclinación de los átomos, sostiene en lo demás las mismas opiniones acerca de los átomos, el vacío, las imágenes, la infinidad de lugares, la innumerabilidad de mundos, su nacimiento y su muerte; en suma, casi todo lo que se encierra bajo el nombre de filosofía natural.

• Y ¿qué entendéis por eso que no es cuerpo y parece cuerpo, y no es sangre y parece sangre? Yo confieso

y de buen grado tolero que tú sepas estas cosas mejor que yo. Pero una vez dichas, ¿por qué Veleyo ha de poder entenderlas y Cota no? Yo entiendo bien lo que es cuerpo y lo que es sangre, pero de ningún modo entiendo una cosa que se parece á cuerpo y una cosa que se parece á sangre. Y no es que tú me ocultes la doctrina, como se la ocultaba Pitágoras á los que no eran discípulos suyos, ni que de propósito habes en estilo oscuro como lo hacía Heráclito, sino que no te entiendes tú mismo, y esto bien puede decirse entre nosotros.

»Te veo defender que la forma de los Dioses no tiene nada concreto, nada sólido, nada expreso, nada eminente, y que es pura, leve y traslúcida. Diremos, pues, lo que de la Venus de Cos: que aquel cuerpo no es cuerpo, sino semejante á cuerpo, ni aquel rojo de sangre difundido y mezclado con la blancura no es sangre, sino cierta similitud de sangre: de esta manera en el Dios de Epicuro no están propiamente las cosas, sino las semejanzas de las cosas. Persuádeme pues, de una opinión que ni entender se puede: explícame, te lo ruego, las líneas y formas de esos fantásticos Dioses.

»No os faltarán abundantes razones por las cuales queréis persuadir que los Dioses tienen formas humanas; la primera razón que dais es que así lo creemos por una anticipación racional de nuestro espíritu, que no puede pensar en Dios sin atribuirle humana forma. Decís, además, que siendo excelente en todo la naturaleza divina, su forma debe ser también la más hermosa, y no hay otra más bella que la forma humana. La tercera razón que dais es que ninguna otra figura puede ser domicilio de la mente.

»Consideremos estas razones una por una. Paré-

como que tomáis por cosa averiguada una opinión vulgar de ningún modo probable. Pues ¿quién es tan ciego en la contemplación de las cosas, que no comprenda que la forma humana ha sido atribuída á los Dioses, ó por consejo de algunos sabios que quisieron atraer más fácilmente á los hombres indoctos al culto de los Dioses y apartarlos de la pravedad de la vida, ó por la fuerza de la superstición, que venerando los simulacros pensó acercarse á los Dioses mismos? Todo esto lo acrecentaron los poetas, los pintores, los escultores. A esto se añadió la opinión de que para el hombre no hay nada más bello que el hombre mismo; pero tú, que eres físico, ¿no ves cuán blanda, conciliadora y por decirlo así tercera de sí misma es la naturaleza? ¿O crees que hay en tierra ó mar alguna bestia que no se deleite sobre todo con las de su especie? Porque si no fuera así, el toro gustaría de juntarse con la yegua, y el caballo con la vaca. ¿Crees tú que el águila ó el delfín, ó el león, anteponen alguna figura á la suya? ¿Qué tiene, pues, de admirable, si del mismo modo prescribió al hombre la naturaleza que nada tuviese por más bello que al hombre? ¿Y ésta ha de ser causa de que creamos á los Dioses semejantes á los hombres? Y si hay razón en las bestias, ¿no crees que concederán todas ellas la primacía á las de su especie? Pues yo, á fe mía (si he de decir lo que siento), no me creo más hermoso que aquel toro que llevó robada á Europa. No tratamos aquí de nuestro ingenio y discurso, sino de la forma y figura. Y si quisiéramos fingir y juntar formas, ¿no quisieras tú ser como aquel marítimo Tritón, á quien se pinta con la parte inferior de bestia nadante y la superior de forma humana? Es tal la fuerza de la naturaleza, que el hombre nada quisiera ser sino semejante al hombre, y la hormiga á la hor-

miga. ¿Pero á qué hombre habrían de asemejarse los Dioses? ¿qué hombre hay completamente hermoso? Cuando yo estaba en Atenas, apenas había ninguno, aun entre los mancebos. Veo que te ríes. Pues así es la verdad, y á los que, siguiendo la permisión de los filósofos antiguos, se deleitan con los adolescentes, hasta los mismos defectos les son agradables. Una mancha en la uña de un niño agradaba á Alceo, y lo que á otros defecto, á él le parecía un primor y una hermosura. Quinto Catulo, padre de este nuestro colega y familiar, amó á Roscio, que era de tu municipio. Y en su elogio compuso estos versos: «Estaba yo saludando la naciente aurora, cuando de súbito apareció Roscio por la izquierda. ¡Oh Dioses! séame lícito decirlo: este rostro mortal me pareció más bello que los Dioses.» Parecíale Roscio más bello que los Dioses, y sin embargo era de torcidos ojos lo mismo que ahora. Pero ¿qué importa, si esto mismo le parecía lleno de gracia?

»¿Y será todo perfecto en los Dioses? Os lo concedemos en buen hora. Pero entonces tendrán todos el mismo semblante, ya que no puede haber Dios que no sea hermosísimo. Si uno es el rostro de todos, necesario es que en el cielo florezca la Academia, porque si no hay diferencia entre Dios y Dios, tampoco habrá conocimiento ni perfección entre los Dioses.

»¿Y por qué no ha de ser falso también, oh Veleyo, eso de creer que cuando pensamos en algún Dios, no le atribuimos otra figura que la del hombre? En nosotros quizás sea verdad lo que dices, porque á Jove, á Juno, á Minerva, á Neptuno, á Vulcano, á Apolo y los demás Dioses, los conocemos sólo con aquella forma y rostro con que poetas y pintores los han imaginado, y no sólo con el rostro, sino también con el ornato, con la edad y con el vestido. Pero no así los Egipcios,



ni los Sirios, ni la mayor parte de los bárbaros, porque verás que tienen más firme confianza en ciertas bestias, que nosotros en los más sagrados templos y simulacros de los dioses. Y así, vemos que entre nosotros han sido expoliados muchos templos, y arrancados de lugares santísimos los simulacros de los dioses, pero jamás se ha oído que un cocodrilo, un ibis ó un gato haya sido profanado en Egipto. ¿Crees tú que á los Egipcios no les parece Dios aquel sagrado buey Apis? Tan Dios les parece, como á tí nuestra Sóspita, á la cual nunca ves, ni aun en sueños, sino con su piel de cabra, con su lanza, con su escudo corto y con sus borceguíes puntiagudos. Pero no es así la Juno de Argos ni la romana. Tienen, pues, una forma de Juno los Argivos y otra los Lanuvinos, así como nosotros tenemos un Júpiter Capitolino y los Africanos un Júpiter Ammón.

»¿No ha de avergonzarse, pues, el físico, es decir, el especulador y cazador de la naturaleza, de pedir el testimonio de la verdad á los ánimos imbuídos en preocupaciones? Si así fuera, tendríamos que llamar siempre á Jove, barbado; á Apolo, siempre, imberbe; á Minerva, la de los ojos garzos; á Neptuno, el de los ojos cerúleos. Y como en Atenas admiramos aquel Neptuno que hizo Alcámenes, en el cual, de pie y vestido, aparece cierta cojera no deforme, tendremos un Dios cojo, como de Vulcano han fingido.

»Y además multiplicamos los Dioses con los vocablos con que los nombramos, pues cuantas son las lenguas de los hombres, otros tantos son los nombres de los Dioses. Porque tú á donde quiera que vayas serás Veleyo; pero Vulcano no es el mismo en Italia, en Africa, ni en España. Además, de nombres no hay gran número, ni siquiera en el derecho pontificio; pero los Dioses son innumerables. ¿Será que no tienen

nombres? Necesario es que digáis esto. ¿Pues cómo es posible que siendo una la forma, sean muchos los nombres?

»¿Cuánto mejor era, oh Veleyo, confesar que no sabes lo que realmente ignoras, que pronunciar estas palabras que provocan á náuseas y no te convencen á tí mismo? ¿Te crees semejante á mí, ó crees á los Dioses semejantes á tí? No por cierto. ¿Llamaremos, pues, al sol, á la luna ó al cielo Dios? Entonces también tendríamos que llamarlos felices. Pero ¿de qué deleites pueden gozar? Y los llamaremos también sabios. ¿Pero qué sabiduría puede haber en un tronco? Tales son vuestras opiniones. Si no es posible que los Dioses tengan figura humana, como te he probado, ni figura semejante á la humana, como tú te persuadías, ¿por qué dudas en negar la existencia de los Dioses? Dirás que no te atreves. Y obras con sabiduría, aunque en este lugar no temes al pueblo, sino á los mismos Dioses. Yo he conocido epicúreos que abundaban en supersticiones. Pero he oído decir a algunos que Epicuro, para no incurrir en el odio de los Atenienses, conservó los Dioses de nombre, aunque los suprimió de hecho. Y por eso, en aquellas selectas y breves sentencias que llamáis *κοριας δοξας*, la primera dice á la letra, si no recuerdo mal: «Lo que es feliz é inmortal, ni tiene cuidado, ni se lo causa á nadie.»

»En la exposición de este parecer hay quien juzga que fué cautela de Epicuro lo que sólo debe atribuirse á dificultad de expresarse. Sospechan demasiado de un hombre nada cauteloso. Es dudoso si admite aquí Epicuro la existencia de alguna cosa feliz é inmortal, ó si supone solamente que lo que es feliz ha de ser también inmortal. No advierten que habló con ambigüedad, pero que en otros muchos lugares, así él como Metrodoro se explican tan claramente como tú. El

piensa que hay Dioses, y no sé de ningún otro hombre que haya temido más las cosas que él mismo declaraba no temibles, es decir, la muerte y los Dioses. Las cosas que mueven bien poco á los hombres más groseros, dice él que son terror constante para las almas de los mortales. ¡Y sin embargo hay tantos ladrones, á pesar de la pena de muerte! ¡Hay tantos que roban y profanan todos los santuarios que pueden! Y ni á los unos les detiene el temor de la muerte, ni á los otros el de la religión.

»Pero ya que no te atreves (y ahora hablo con el mismo Epicuro) á negar que hay Dioses, ¿qué es lo que te impide suponer naturaleza divina en el sol, en la luna, en el mundo, ó en alguna inteligencia sempiterna? Nunca ví, dirás, una ánima racional y partícipe de consejo, en otra figura que en la humana. Y qué, ¿has visto algo semejante al sol, á la luna, ó á las cinco estrellas errantes? El sol haciendo su carrera entre las dos partes extremas de un mismo orbe, produce el año. La luna, encendida con los rayos de él, completa su peregrinación en el espacio de un mes. Los cinco planetas, teniendo el mismo orbe, unos más cerca de la tierra, otros más lejos, partiendo del mismo punto recorren en tiempos desiguales los mismos espacios. ¿Has visto nunca cosa semejante, oh Epicuro? No existían, pues, el sol, ni la luna, ni las estrellas, porque nada puede existir sino lo que tocamos y vemos. ¿Y has visto alguna vez á Dios? ¿Pues cómo crees que existe? Neguemos todo lo que la historia ó la razón nos dicen. Y de esta manera la gente de tierra adentro puede creer que el mar no existe. Tanta es la estrechez de tu ánimo, que si hubieses nacido en Serifo, sin ver nunca más que liebres y zorros, no creerías en la existencia de los leones y las panteras, aunque te explicasen cómo eran, y si alguien te hablase

del elefante, creerías que se burlaba de tí. Pero tú, Vellejo, no has puesto tu argumento á la manera de vuestra escuela, sino á la manera de los dialécticos que vuestra escuela rechaza enteramente. Dijiste que los Dioses eran felices; lo concedemos. Pero nadie puede ser feliz sin la virtud. También lo concedemos gustosos. La virtud no puede existir sin razón. También es preciso convenir en esto. Añades que la razón sólo puede concebirse en figura humana. ¿Quién piensas que te ha de conceder esto? Si así fuese, ¿qué necesidad tenías de ir llegando aquí por grados, desde la felicidad á la virtud y desde la virtud á la razón? ¿Cómo llegas de la razón á la figura humana? Esto es precipitarse, no es descender.

»Y no acabo de entender por qué razón Epicuro ha querido hacer los Dioses semejantes á los hombres y no los hombres semejantes á los Dioses. Me preguntarás qué diferencia hay. Porque si lo uno es semejante á lo otro, forzoso es que la proposición recíproca sea también verdadera. Quiero decir con esto que la figura no pasó de los hombres á los Dioses. Los Dioses existieron siempre, y no han nacido nunca si es que son eternos; pero los hombres han nacido. Antes que existieran los hombres, existían en su forma los Dioses inmortales. No se ha de llamar, pues, forma humana la de los Dioses, sino divina la de los hombres. Pero sea esto como queráis, sólo os pregunto ¿qué fortuna ó qué acaso tan extraordinario produjo el mundo, ya que vosotros no admitís que en la naturaleza haya obrado de ningún modo la razón? ¿De dónde tan feliz concurso de átomos, para que los hombres naciesen de repente en forma de Dios? ¿Creéis que las semillas de los Dioses cayeron del cielo á la tierra, y que así los hombres resultaron semejantes á sus padres? Quisiera que me lo dijeseis, porque yo recono-

cería gustoso el parentesco de los Dioses. Pero nada de eso me decís, sino que por casualidad resultaron semejantes á los Dioses. Y ahora hemos de buscar argumentos para refutar esto. ¡Ojalá pudiésemos encontrar tan fácilmente la verdad como destruir el error!

»Has enumerado de memoria, y tan copiosamente que yo me admiré de que en un hombre romano hubiese tanta ciencia, los pareceres de todos los filósofos, desde Tales Milesio acá, sobre la naturaleza de los Dioses. ¿No te han parecido delirantes todos los que han creído que podía existir un Dios sin manos ni pies? ¿Y ni siquiera os ha inducido á creer que Dios no necesita de miembros humanos el considerar la oportunidad y utilidad de estos miembros en el hombre? ¿Para qué necesita los pies el que no ha de andar? ¿Para qué las manos el que no ha de agarrar nada? ¿Para qué la distribución de todas las partes del cuerpo, en el cual nada hay vano, nada sin causa, nada superfluo? No hay arte que pueda imitar la sabiduría de la naturaleza. Tendrá lengua el Dios y no hablará; tendrá dientes, paladar y fauces, y no le serán de ningún uso; los órganos que para la procreación puso la naturaleza en el cuerpo, le serán inútiles al Dios; y no menos todos los sentidos externos é internos, y el corazón, los pulmones, el hígado, etc.; todo lo cual si se le quita lo que tiene de útil, ¿que puede conservar de hermoso? Y no obstante queréis que todo esto lo reuna el Dios por causa de hermosura.

»Confiados en estos sueños, no sólo Epicuro y Metrodoro y Hermaco escribieron contra Pitágoras, Platón y Empedocles, sino que hasta la meretriz Leoncio se atrevió á escribir contra Teofrasto, en estilo, á la verdad, discreto y ático; pero con todo eso fué gran desvergüenza, sólo concedida por el jardín de Epicuro. Y soléis quejaros. Zenón también era intolerante.

¿Qué diré de Albucio? Nadie hubo más elegante y humano que Fedro, y con todo, se incomodaba el buen viejo si yo decía algo ásperamente, no acordándose él de que Epicuro había llenado de afrentas á Aristóteles; había dicho mucho mal de Fedón el Socrático; había destrozado en tantos volúmenes á Timocrates, hermano de su amigo Metrodoro, sólo porque se permitió disentir de él en no sé qué cuestión de filosofía, había sido ingrato con el mismo Demócrito, á quien tanto seguía, y había mostrado tal desprecio á Naxiphanes, su maestro, de quien decía que no le había enseñado nada.

»Zenón, no sólo cargaba de dicterios á Apolodoro, á Sylo y á los demás que entonces vivían, sino que al mismo Sócrates, padre de la filosofía, le llamaba bufón ático (lo diremos usando de una palabra latina), y á Crisipo nunca le decía sino *Chesipo*. Tú mismo, hace poco, recitabas todo un senado de filósofos delirantes, dementes, insensatos. Luego si ninguno de ellos ha visto claro respecto á la naturaleza de los Dioses, muy de temer es que no sea ninguna, pues todo lo que vosotros decís son lucubraciones absurdas, apenas dignas de una vieja. No conocéis qué consecuencias tendríais que admitir si os concediésemos que es una misma la figura de los hombres y la de los Dioses. Habrán de tener los Dioses el mismo cuidado y esmero de su cuerpo que tienen los hombres. Tendrán iguales el andar, el comer, el sentarse, el inclinarse, el dormir, el tocar y, finalmente, el discurrir y el hablar. Y ya veis qué consecuencias se deducen de admitir Dioses machos y hembras. Nunca acabo de admirarme cómo pudo caer en tales opiniones vuestro príncipe y maestro. No dejáis de clamar que se ha de tener por cierto que Dios es feliz é inmortal. ¿Y qué dificultad es para no ser feliz el no ser bípedo? ¿Y por

qué esta felicidad ó beatitud (duras son estas palabras, pero el uso las irá haciendo tolerables), como quiera que ella sea, por qué no se ha de concebir en el sol ó en el mundo ó en alguna razón eterna, destituida de figura, de miembros y de cuerpo?

»Lo único que me contestarás es que nunca has visto un sol y un mundo feliz. Pero ¿qué mundo has visto tú fuera de éste? ¿Y no te has atrevido, sin embargo, á afirmar que existen, no ya seiscientos mil mundos, sino innumerables? Me dirás que la razón te lo enseñó. ¿Y no te enseña también la razón que una naturaleza excelentísima, feliz y eterna, única que debe llamarse divina, así como nos vence en la inmortalidad, ha de véncernos también en la excelencia de alma y de cuerpo? ¿Por qué, siendo inferiores en las demás cosas, hemos de ser iguales en la forma? Más se acercaba á la semejanza con Dios la virtud humana que la figura. ¿Qué cosa puede haber más pueril (insistamos algo más en esto) que negar le existencia de aquellos géneros de animales que nacen en el mar rojo y en la India? Ni los hombres más curiosos pueden averiguar tantas cosas como existen en tierra mar, ríos y lagunas; y con todo eso no negaremos su existencia, aunque nunca las vimos. ¿Y qué poco tiene que ver con la esencia esa semejanza á que tanta importancia dais! ¿No es el perro semejante al lobo? Y, como dice Ennio, ¡cuán semejante es á nosotros el mono, torpísima bestia! Y, sin embargo, las costumbres en uno y en otro son muy diversas. Ninguna de las bestias es más prudente que el elefante. ¿Y no es su figura la más basta? De las bestias hablo; pero entre los mismos hombres ¿no los hay muy semejantes en forma y muy desemejantes en costumbres? Si admitimos este género de argumento, oh Veleyo, mira qué consecuencias nacen. Tú sostenías que no

puede haber razón sino en figura de hombre. Otro dirá que no puede haberla sino en figura terrestre, ó en quien haya nacido, ó en quien haya crecido, ó en quien haya aprendido, ó en quien conste de alma y de cuerpo caduco y débil; finalmente, en quien sea hombre inmortal. Y si todas estas consecuencias rechazas, ¿por qué insistes tanto en lo de la forma? Añadidas todas estas cosas que digo, afirmas que en el hombre hay razón y entendimiento; separadas todas, dices que conoces á Dios, con tal que los lineamientos permanezcan los mismos. Esto no es pensar sino acertar por suerte lo que vas á decir.

»Y además ¿no consideras que en el hombre, y hasta en el árbol, todo lo que es superfluo ó no tiene utilidad estorba. ¡Cuán molesto es tener un dedo más! ¿Y por qué? Porque ni para la hermosura, ni para la utilidad, se necesitan más de cinco. Pero á ese Dios tuyo no sólo le sobra un dedo, sino la cabeza, el cuello, la cerviz, los costados, el vientre, la espalda, las rodillas, las manos, los muslos, las piernas. Si es inmortal, ¿qué falta le hacen estos miembros para vivir, de qué le sirve su semblante mismo? Más útiles son el cerebro, el corazón, los pulmones, el hígado, porque estas partes son el asiento de la vida; pero la disposición del rostro nada importa para el sostenimiento de ella.

»Vituperabas á los que por las obras magníficas y preclaras, contemplando el mundo y sus partes, el cielo, la tierra, el mar y todos sus ornamentos; el sol, la luna y las estrellas; las estaciones, los cambios y vicisitudes del tiempo, sospecharon que alguna excelsa naturaleza lo creaba, movía, regía y gobernaba todo. Aun concediendote que estos filósofos errasen, veo claro en qué fundan su conjetura. Pero tú ¿qué obra grande y egregia has visto que te parezca eje-



cutada por artífice divino, y de la cual puedas inferir que hay Dioses? Tendrás que decir que posees cierta noción innata de un Dios, es decir, de Jove barbado, de Minerva con el casco. ¿Y crees que son tales como tú los imaginas?

»¡Cuánto mejor lo piensa el vulgo ignorante, que no sólo atribuye á Dios los miembros humanos, sino también el uso de estos miembros! Les supone arco, saetas, lanza, escudo, martillo, rayo, fragua, y si no comprenden las acciones de los Dioses, á lo menos no pueden concebir un Dios inactivo. Los mismos Egipcios, de quienes nos burlamos, no han divinizado ninguna bestia sino por la utilidad que de ella sacan. Y así, el Ibis, por ser ave excelsa, de rígidas patas y córneo y proceroso pico, destruye gran número de serpientes, y aparta de Egipto la peste, matando y consumiendo las culebras voladoras que vienen del desierto de la Libia, traídas por el viento ábrego: de donde resulta que ni dañan con la mordedura cuando vivas, ni con el olor cuando muertas. Mucho podría decir de la utilidad de los *ichneumones*, de los cocodrilos y de los gatos. De aquí deduzco que los bárbaros divinizaron las bestias por los beneficios que de ellas sacaban, pero vuestros Dioses no sólo no hacen beneficio alguno, sino que son de todo punto inactivos.

»No tienen ocupación alguna, me dices. Sin duda Epicuro, al modo de los niños delicados, nada veía más agradable que la ociosidad. Pero los mismos niños, cuando están ociosos, se deleitan en algún juego ó ejercicio; al paso que ese Dios, siempre feriado, que remos que se consuma en el ocio, porque si se consume, es de temer que pierda su beatitud. Esta opinión no sólo despoja á los Dioses de movimientos y actividad divina, sino que hace inertes á los hom

bres, ya que nadie, ni siquiera un Dios, puede ser feliz cuando ej'cuta algo.

»Pero sea en hora buena un Dios, como vosotros queréis, la efigie y la imagen del hombre. ¿Cuál es su domicilio, cuál su asiento, cuál su lugar, cuáles las acciones de su vida, de qué cosas depende su felicidad, ya que conviene que use y disfrute de sus bienes el que haya de ser feliz? Porque todas las naturalezas, aun las que carecen de alma, tienen su lugar propio y peculiar, de modo que la tierra ocupa el ínfimo, á la tierra la inunda el agua, sobre ella está el aire y ocupa el límite más alto el fuego. De la misma manera los animales, unos son terrestres, otros son acuáticos y algunos anfibios, que viven en una y otra parte; y hay algunos también que parecen nacer del fuego, y suelen presentarse volando en las hornazas encendidas.

»Ahora os pregunto, en primer lugar, dónde habita vuestro Dios; en segundo, qué causa le mueve de su lugar, si es que alguna vez se mueve; y por último, siendo propio de todo animal el apetecer algo acomodado á su naturaleza, qué es lo que apetece Dios y á que fin tiende el movimiento de su mente y de su razón. Y me diréis también cómo es feliz, cómo es eterno. En este punto, cuanto toques es una úlcera. Así á una razón mal puesta no puede encontrársele salida. Decías tú que la imagen de Dios se percibe por el entendimiento, y no por el sentido; que no hay en ella solidez alguna, ni es la misma en número, sino una semejanza transitoria, porque no falta jamás una agregación de infinitos cuerpecillos semejantes; y de aquí procede que, atenta á esto nuestra razón, juzgue feliz y sempiterna la naturaleza de los Dioses.

»Pero dime, por todos los Dioses de quienes estamos hablando; ¿qué es lo que quiere decir esto? Si las imá-

genes valen sólo para el pensamiento, y no tienen ninguna solidez ni eminencia, lo mismo da pensar en un Dios que en un Hipocentauro. A tal ficción del pensamiento, la tienen los demás filósofos por palabra vacía, pero vosotros la llamáis introducción de las imágenes en el alma. Cuando yo imagino que veo á Tiberio Graco perorando en el Capitolio y recogiendo los votos sobre el negocio de Marco Octavio, tengo por vana imaginación esta mía; pero tú crees que realmente las imágenes de Octavio y de Graco llegan al Capitolio, y de allí son conducidas á mi ánimo; y que lo mismo acontece en Dios, de cuyo rostro emanan innumerables imágenes, por donde venimos á entender que es feliz y eterno.

»Supongamos que haya imágenes que lleguen al alma. Se nos objeta este fantasma, pero ¿por qué ha de ser feliz, por qué ha de ser eterno? ¿Qué cosas son estas imágenes vuestras, ó de dónde proceden? De Demócrito habéis tomado esta opinión absurda. Pero él fué reprendido de muchos, y vosotros mismos no os entendéis, y todo el sistema vacila y claudica. ¿Qué cosa hay que sea menos susceptible de prueba que el recibir yo las imágenes de Homero, Arquíloco, Rómulo, Numa, Pitágoras, Platón, en la misma forma en que existieron? ¿Cómo eran ellos y de quiénes son las imágenes? Aristóteles dice que Orfeo no existió nunca, y los pitagóricos atribuyen el poema órfico á un tal Cercopis. Pero vosotros pretendéis que Orfeo, esto es, su imagen, acude muchas veces á mi ánimo. ¿Y cómo de un mismo hombre recibo yo una imagen y tú otra distinta? ¿Y cómo ha de haber imágenes de las cosas que nunca han existido ni podido existir, como Scylla y la Quimera? ¿Y qué diré de las imágenes de hombres y lugares que nunca vimos? ¿Y cómo está tan presta la imagen para acudir cuando

se me antoja? ¿Y cómo acude en el sueño mismo? «Todo esto, Veleyo, es pura fantasía. No sólo os empeñáis en llevar las imágenes á los ojos, sino al alma misma. Tal es vuestra licenciosa é impune garrulidad. Y luego afirmáis que de las visiones pasajeras suele hacerse una agregación, resultando una imagen compuesta de muchas. Yo me avergonzaría de decir que no entiendo esto, si lo entendieseis vosotros mismos que lo defendéis. ¿Cómo pruebas que las imágenes se continúan, y si se continúan, ¿cómo son eternas? Dices que para esto hay innumerables átomos. ¿Y éstos harán que todas las cosas sean sempiternas? Recurras al equilibrio: llamémosle *isonomía*, si te place: y dices que habiendo una naturaleza mortal, debe haber otra inmortal. Por el mismo principio, habiendo hombres mortales, debe haberlos inmortales, y naciendo en la tierra, deben nacer en el agua, y habiendo especies que perecen, debe haber especies que se conserven. Sea en hora buena, pero para conservarse es preciso que existan. Estos Dioses á la verdad no los entiendo. ¿Cómo nacen de los cuerpos individuales esas imágenes de las cosas? Y dado que existieran, podrían impelerse, y agitarse, y juntarse, pero no formar, ni figurar, ni colorar, ni animar. De ninguna manera, pues, hacéis un Dios inmortal. Veamos ahora su felicidad. Sin la virtud no puede existir. Ahora bien, la virtud es activa, y vuestro Dios no hace nada: carece, pues, de virtud, y no puede ser feliz. ¿Qué es la vida? Una continuación de bienes, me dirás, sin ninguna intervención de males. ¿Y de qué bienes? Me dirás que de los deleites corporales. Porque vosotros no entendéis de ningún placer del alma, que no proceda del cuerpo, y no vuelva al cuerpo. Yo no te creo, oh Veleyo, semejante á los demás epicúreos, que debieran avergonzarse de aquellas palabras del maestro, en

que declara que no entiende de ningún bien que sea independiente de los delicados y obscenos deleites, que sin vergüenza ni rubor va enumerando uno por uno. ¿Qué alimento pues, ó qué bebidas, ó qué variedad de goces y de flores, ó qué tacto, ó qué olores aplicarás á los Dioses para bañarlos en deleites? Los poetas fingen el néctar, la ambrosía, los banquetes, y á la Juventud ó á Ganimedes ministrando las copas. Pero tú, Epicuro, ¿qué inventarás? pues ni comprendo por dónde ha de adquirir tu Dios estas cosas, ni cómo usa de ellas. Más rica será la naturaleza humana para vivir felizmente que la de los Dioses, porque goza de muchos géneros de deleite.

»Pero tú me dirás que tienes por de poca importancia esos deleites del sentido, que Epicuro llama titilación. ¿A quién quieres engañar con esto? Nuestro Filón no podía sufrir que los epicúreos aparentasen despreciar estos muelles y delicados placeres. Y refería á este propósito muchas sentencias de Epicuro, que guardaba en la memoria con las mismas palabras con que fueron escritas. Y las refería todavía más impudentes de aquel Metrodoro que pasa por colega de Epicuro en la sabiduría. Metrodoro llega á acusar á Timócrates, hermano suyo, porque dudaba que el vientre fuese la medida de todas las cosas que pertenecen á la vida feliz; y no dice esto una vez sola, sino muchas. Veo en tí muestras de asentimiento: señal de que conoces estos pasajes; y si los negaras, yo podría traerte los libros. Y no os reprendo ahora porque lo refráis todo al deleite (que esta es otra cuestión), sino que sostengo que vuestros Dioses son incapaces de placer, y que por tanto, á vuestro juicio, no son ni felices siquiera.

»Me dirás que carecen de dolor. ¿Y te parece que basta esto para hacer una vida felicísima, abundante

en todo género de bienes? Piensa Dios (me diras) á toda hora que es feliz, y no tiene ninguna otra cosa en el pensamiento. Imagínate ahora y considera un Dios que en toda la eternidad no hace otra cosa sino pensar: «estoy bien y soy feliz.» Y sin embargo, no comprendo cómo este Dios no teme perecer, siendo agitado y sacudido sin intermisión por un movimiento sempiterno de átomos, y afluyendo de él continuamente imágenes. Por tanto, vuestro Dios no es ni feliz ni eterno.

»Cierto que de la santidad y piedad con los Dioses escribió libros Epicuro. Pero ¿de qué modo habla en ellos? De tal modo que te parece oír á Coruncanio y á Scévola, pontífices máximos, y no á un hombre que destruyó de raíz toda religión, y que no con las manos, como Xerxes, sino con razones, echó por tierra los templos y aras de los Dioses inmortales. Pero ¿con qué fundamento puedes mandar á los hombres que veneren á los Dioses, cuando los Dioses no sólo no hacen á los hombres beneficio alguno, sino que de ningún modo se cuidan de ellos, ni ejecutan cosa alguna? Se dirá que es tan noble y excelente su naturaleza, que por sí sola debe mover y persuadir al sabio á que la venera. Mas ¿qué puede haber de excelente en una naturaleza que, recreándose en su propio placer, ni ha hecho, ni hace, ni hará jamás cosa útil? ¿Qué piedad se debe á aquel de quien nada se ha recibido y que nada ha merecido? Si la piedad es la justicia con los Dioses, ¿qué derecho podemos tener común con ellos, ni ellos con nosotros? Si la santidad es la ciencia de venerar á los Dioses, ¿cómo hemos de venerar á aquellos de quienes ni hemos recibido ni esperamos bien alguno?

»¿Y qué fundamento es para venerar á los Dioses la admiración de su naturaleza, en la cual no vemos

nada egregio? De la superstición fácil es librarse, como vosotros os gloriáis, quitando todo poder á los Dioses. A no ser que á Diágoras y á Teodoro, que negaban de todo punto la existencia de los Dioses, los tengas por supersticiosos. Yo ni á Protágoras siquiera, que no se atrevió á afirmar si existen los Dioses ó no. La verdad es que las opiniones de todos ellos, no sólo destruyen la superstición, en la cual se funda el temor vano de los Dioses, sino la misma religión, que consiste en el piadoso culto.

»Y los que dijeron que toda esta opinión acerca de los Dioses inmortales había sido fingida por hombres sabios, por causa de la república, para que, á los que la razón no pudiese, la religión los llevase al deber, ¿no descuajaron de raíz toda religión? ¿Qué religión dejaba Prodicó de Chío, que dijo que debían ponerse en el número de los Dioses las cosas que convenían á la vida humana? Y los que enseñan que los varones fuertes, esclarecidos y poderosos pasaron, después de muertos, á la categoría de Dioses, y que son los mismos que solemos invocar y venerar, ¿no carecen de toda religión? Esta doctrina fué principalmente la de Evhemero, á quien siguió é interpretó, entre otros muchos, nuestro Ennio. Evhemero llega á mostrarnos las muertes y las sepulturas de los Dioses. ¿Crees que esto sirvió para confirmar la religión, ó para destruirla del todo? Omito hablar de los misterios Eleusinos «donde son iniciadas las gentes postreras del Orbe.» Nada diré de los misterios de Samothracia, y de aquellos «recónditos templos de Lemnos, circundados de espeso y bravío jaral,» á donde sólo se llega de noche. Explicados é interpretados racionalmente estos misterios, se llega á conocer la naturaleza de las cosas, más bien que la de los Dioses.

»Paréceme que Demócrito, varón verdaderamente

grande, de cuya fuente regó Epicuro sus huertos, anda dudoso en esta cuestión de la naturaleza de los Dioses. Unas veces cree que las imágenes, dotadas de divinidad, asisten á la totalidad de la naturaleza; otras veces llama Dioses á los principios y razones que existen en el mismo universo; otras á las imágenes animadas, que pueden favorecernos ó dañarnos; otras á ciertas grandes imágenes que abrazan extrínsecamente el universo mundo. Todo lo cual es más digno de la patria de Demócrito, que de Demócrito. ¿Quién puede comprender esas imágenes, quién admirarlas, quién juzgarlas dignas de culto ó religión?

»Pero Epicuro no sólo arrancó de raíz de los ánimos humanos la religión, sino que desterró juntamente con los Dioses la gracia y el favor, puesto que al mismo tiempo que llama óptima y excelente á la naturaleza de los Dioses, la supone incapaz de favorecernos, y con esto sólo, destierra el atributo más propio de una naturaleza excelente. Pero ¿qué cosas hay mejor ó más excelente que la bondad y la beneficencia? Y si queréis que Dios carezca de ella, no habrá para los Dioses ninguna cosa querida, ni hombre ni Dios, ni amarán á nadie. De donde procederá que no sólo los hombres por los Dioses, sino los mismos Dioses entre sí, unos por otros, sean tenidos en olvido é indiferencia.

»¿Cuánto mejor los estoicos á quien vosotros reprendéis tanto! Ellos creen que los sabios son siempre amigos de los sabios, aunque no los conozcan. Nada hay más amable que lo virtuoso, y quien lo alcance, en cualquier parte de la tierra donde esté, debe ser venerado por los hombres. Pero vosotros, ¿no veis el mal que hacéis, poniendo en la imbecilidad el fundamento de la benevolencia? Y dejando ahora á un lado la naturaleza de los Dioses, ¿creéis que los hombres mismos, á menos de ser imbeciles, no pueden



ser benéficos y humanos? ¿No hay amor natural entre los buenos? Amable es el nombre mismo de amor, del cual se tomó el de amistad, y si la referimos á nuestra utilidad y no á la de aquel á quien amamos, no será amistad ésta, sino mercadería de utilidades. Así amamos los prados, los campos y los ganados, por la utilidad que de ellos sacamos. Pero la caridad y amistad entre los hombres es gratuita. Cuánto más lo será la de los Dioses, que exentos de toda necesidad, se aman entre sí y aman á los hombres! Y si no fuera así, ¿por qué habíamos de venerar y de invocar á los Dioses? ¿Por qué presiden los Pontífices á los sacrificios, los augures á los auspicios? ¿Qué pedimos á los Dioses inmortales? ¿Qué votós les hacemos?

»También hay un libro de Epicuro sobre la santidad, el cual parece burla pesada de hombre no tan agudo y gracioso como extremado en la licencia de escribir. ¿Qué santidad ha de haber si los Dioses no se cuidan de las cosas humanas? ¿Qué cosa puede ser una naturaleza animada que no se cuida de cosa alguna? Más apariencia de verdad tiene lo que nuestro familiar Posidonio escribió en el libro v de *La naturaleza de los Dioses*, es á saber: que Epicuro no creía en la existencia de los Dioses, y que lo que escribió de ellos fué por no atraerse el odio general. Porque no hubiera sido tan loco que fingiese un Dios semejante á un homúnculo, con solas las líneas extremas y sin ninguna especie de cuerpo sólido; dotado de todos los miembros humanos, pero sin poder hacer uso de ninguno; flaco y traslúcido, sin conceder nada á nadie, sin producir ningún beneficio, sin cuidarse de nada, y, finalmente, sin ejecutar cosa alguna. La cual naturaleza, en primer lugar, tiene que ser nula; y conociendo esto Epicuro, suprime de hecho y deja solamente de nombre los Dioses. Y si tal Dios exis-

tiera y no se uniese con los hombres por ningún lazo de caridad ó beneficio, estése allá en hora buena. ¿Para qué le he de pedir que sea propicio? No puede ser propicio á nadie, puesto que vosotros decís que toda gracia y caridad es patrimonio exclusivo de los seres débiles.»